

Laura Gallego

Todas las hadas del reino

montena

Totalmente injustificable

La reina observó con atención a la muchacha. Ella enrojeció y clavó la mirada en las puntas de sus gastados zapatos. El príncipe, a su lado, hacía heroicos esfuerzos por mostrarse sereno y seguro de sí mismo. Pero tragó saliva cuando su madre volvió sus ojos inquisitivos hacia él.

—¿Dónde dices que la has encontrado, Aldemar?

—«Conocido», madre —se atrevió a corregirla el joven—. La conocí el año pasado, en una aldea junto al bosque, río abajo. Sin duda recordarás el día en que me perdí durante una cacería, ¿verdad? Bien, pues...

—¿Una aldea? —repitió la reina, enarcando una de sus bien perfiladas cejas.

El príncipe tragó saliva de nuevo.

—Una aldea —confirmó—. Los padres de Marcela son granjeros. Gente muy decente y trabajadora, si me permites la observación.

—Marcela. Qué... rústico.

La reina volvió a centrar su atención en la chica, que se retorció las manos sin saber muy bien qué hacer con ellas. Tras un incómodo silencio, que la reina parecía dispuesta a alargar indefinidamente, el príncipe carraspeó, alzó la cabeza y anunció:

—Voy a casarme con ella, madre.

El rey dio un leve respingo sobre su trono. La reina se limitó a alzar la otra ceja.

—¿De veras? En ese caso... entiendo que has visto algo especial en ella. De lo contrario, no osarías plantear algo así en nuestra presencia.

—Naturalmente, madre. —El príncipe asintió con ardor.

—¿Y bien?

El joven se mostró desconcertado; todo su aplomo pareció esfumarse en un instante.

—¿Bien...? —repitió, sin saber qué responder.

—Será adoptada, supongo —lo ayudó la reina.

El príncipe respiró profundamente, comprendiendo por fin a dónde quería ir a parar.

—No, madre. La comadrona de la aldea puede confirmar que es hija de sus padres.

La reina frunció levemente el ceño.

—Con estas cosas nunca se sabe —comentó—. Seguro que tiene alguna marca de nacimiento que sugiere lo contrario.

—No, madre. Puedo garantizar que no tiene ninguna marca de nacimiento en ninguna parte de su cuerpo.

El rey carraspeó con suavidad. La reina arqueó de nuevo la ceja y el príncipe fue súbitamente consciente de lo que acababa de decir. Miró de reojo a su prometida, azorado; ella se había puesto completamente roja de vergüenza.

—Recuerdo la época en que este tipo de asuntos no salían del pajar —le comentó la reina al rey en voz baja.

Este se encogió de hombros.

—Los tiempos cambian, ya ves —replicó con el mismo tono.

Marcela parecía muy dispuesta a escapar corriendo de allí, por lo que el príncipe se apresuró a interrumpir la conversación y a declarar por segunda vez:

—Quiero casarme con ella.

Los dos se volvieron para mirarlo, esa vez con cierta suspicacia.

—Quizá lo haya hechizado —le dijo la reina al rey.

—No estoy hechizado, madre —respondió el príncipe; empezaba a mostrarse menos turbado y bastante más molesto.

La reina frunció el ceño.

—¿Estás totalmente seguro de que no has comido nada cocinado por ella? ¿No llevas puesta ninguna joya que te haya regalado, ninguna prenda que haya tejido con sus propias manos...?

—No, madre.

—Hummm —dijo la reina—. Bien; si no es adoptada ni tiene marcas de nacimiento, sin duda será la tercera de tres hermanas. —El joven negó con la cabeza—. ¿No? Pues la séptima hija de un séptimo hijo.

—Eso explicaría lo del hechizo —apuntó el rey.

—No estoy hechizado —insistió el príncipe—. Y Marcela tiene una hermana mayor y dos hermanos menores.

—¿Solo dos? —se extrañó su madre—. ¿Seguro que no son siete?

—No, madre. Seguro que no son siete. Ya os he dicho...

—Sí, sí, has dicho muchas cosas, pero ella todavía no ha dicho nada. ¿Acaso no sabe hablar? ¡No será una sirena! —aventuró, alarmada.

La aludida se aclaró la garganta.

—No, majestad, yo...

Pero la reina no la escuchaba. Seguía haciendo cábalas, cada vez más alterada.

—¡O una de esas horribles chicas-foca! —Miró a su hijo con aprensión—. ¿Seguro que no guardas su piel bajo tu cama?

—¡Madre! —protestó el príncipe—. Marcela es una joven normal y corriente; nos hemos enamorado y vamos a casarnos. No hay más.

Pero la reina ya volvía a conferenciar en voz baja con el rey.

—Esto es incomprensible y totalmente injustificable.

—Totalmente —coincidió el rey.

—Nos aseguramos de que la lista de invitadas al baile estuviera completa, ¿no es cierto?

—Cierto, querida. Y todas las jóvenes casaderas de sangre real acudieron al palacio aquella noche. Esta chica no estaba entre ellas.

—¿Estás seguro? Mírala bien. Imagínatela con un atuendo especialmente espectacular. Un vestido de oro..., unos zapatos de cristal...

—No, no. Ella no vino al baile, estoy convencido.

—¿Es posible que hubiese alguna muchacha de sangre real que no tuviésemos localizada? Ya sabes, un bebé cambiado al nacer, una niña perdida en el bosque... Esas cosas suceden a veces.

—Estoy de acuerdo. Pero, si no tiene marca de nacimiento, ¿cómo vamos a saber...?

—Ah, no es imposible que la tenga. Recuerdo el caso de una princesa a la que creyeron ilegítima porque no tenía el lunar con la forma

del blasón familiar con el que nacían todos los niños de su linaje. Luego resultó que estaba en su cuero cabelludo. Tuvieron que raparla para descubrirlo.

Los reyes miraron a Marcela con cierto aire de aves de presa. Ella se llevó involuntariamente las manos a su cabello castaño, alarmada.

—No voy a permitir que le rasuréis la cabeza —les advirtió el príncipe, perdiendo la paciencia.

—No será necesario llegar a esos extremos —lo tranquilizó la reina—. Hay otros modos... y, naturalmente, mientras este asunto se resuelva, tu... Marcela... puede alojarse en palacio.

—No hace falta, madre. No vive lejos de aquí.

—Una sola noche. Insisto.

El príncipe se mantuvo firme.

—En tal caso, madre, solo lo voy a decir una vez: nada de guisantes bajo el colchón.

—Oh, no pensaba poner un solo colchón.

—Podrías ponerle un guisante bajo cien colchones o cien nueces bajo un colchón, y no habría ninguna diferencia. Marcela no es una princesa perdida, y mucho menos una bruja o una sirena. Es una muchacha acostumbrada a trabajar mucho y a dormir en un lecho duro y humilde. Una joven del campo, sencilla y honesta, a la que adoro. Y voy a desposarla.

La reina lo taladró con la mirada.

—Ya conoces la costumbre: si no demuestra que es de sangre real, no puedes casarte con ella. Así que yo en tu lugar investigaría su árbol genealógico hasta encontrar raíces como mínimo nobles, porque de lo contrario...

—No será necesario —intervino entonces una voz femenina.

Los cuatro miraron a su alrededor, sorprendidos; pero los guardias de la puerta parecían tan desconcertados como ellos. Y, justo cuando la reina iba a hablar de nuevo, alguien se materializó de pronto en el salón.

Más ventajas que inconvenientes

Se trataba de una joven que parecía derrochar eficiencia y seguridad en sí misma. Lucía un vestido verde, sencillo y práctico, que hacía juego con sus ojos y contrastaba con la brillante capa transparente que le caía por la espalda. Llevaba el pelo, de color castaño claro, pulcramente recogido en un rodete en torno a la cabeza; no obstante, un par de mechones rebeldes que parecían resistirse a mantenerse en su lugar resbalaban sobre su frente.

El rey pareció confundido; la reina fingió sentirse solo ligeramente molesta. No cabía duda, no obstante, de que el príncipe y su prometida habían reconocido a la recién llegada, porque el rostro de Marcela se iluminó al verla, y el joven se mostró visiblemente aliviado.

—¿Quién eres tú? —demandó la reina.

La desconocida del vestido verde señaló a Marcela.

—Soy su hada madrina —declaró; y entonces desplegó tras ella lo que los reyes habían tomado por una capa, y que no eran sino unas alas diáfanas y centelleantes.

El rey dejó escapar un «oh» admirado; la reina, en cambio, recuperó la compostura al instante y trató de retomar las riendas de la situación.

—¿Su hada...?

—... madrina, sí.

—Disculpa, creo que no te he entendido bien. ¿El hada madrina de...?

—... de Marcela, majestad.

La reina contempló a la amada de su hijo con un renovado interés.

—¡Tiene hada madrina! —exclamó, esperanzada—. ¿Seguro que no es de sangre real?

—Puedo garantizar que no lo es, majestad —respondió el hada—. De modo que no os molestéis en buscar marcas de nacimiento extraordinarias, porque no las encontraréis. Nació en una familia humilde, en la misma casa donde fue criada y en la que vive actualmente. Y ama sincera y profundamente al príncipe Aldemar. —Hizo una breve pausa y añadió, con un leve atisbo de sonrisa—: De lo contrario, yo no estaría aquí.

La reina entornó los ojos, rumiando la nueva información.

—Pero ella no fue al baile.

El hada se encogió de hombros.

—En su caso no fue necesario tratar de llamar la atención del príncipe de esa manera —explicó—. Él y Marcela ya se conocían. Y ya estaban enamorados.

El rey montó en cólera.

—¿Quieres decir que organizamos el baile para nada?

—Intenté decíroslo, pero no me escuchasteis —se defendió el príncipe.

—Ni lo haremos ahora, con hada madrina o sin ella —declaró la reina con rotundidad—. Si esta chica no tiene sangre real...

—Madre, por favor —interrumpió el príncipe—. Escuchadla.

Los reyes accedieron de mala gana a prestar atención al hada, que se había calado unos anteojos sobre la nariz, había sacado un cuaderno de notas de su faltriquera y pasaba las páginas con expresión reconcentrada. Pareció encontrar lo que buscaba, porque asintió, satisfecha, y alzó la cabeza para mirar a la reina por encima de sus anteojos.

—No, Marcela no es de sangre real —confirmó—; pero este hecho aporta más ventajas que inconvenientes a su futura unión.

La reina arqueó una ceja.

—¿Cómo has dicho?

—Consideradlo así —el hada repasó con el dedo índice varios puntos de la lista que tenía anotada en su cuaderno—: al ser de origen humilde, nunca ha sido importante para nadie poderoso, lo cual significa que está libre de todo tipo de hechicería, maldición o mal de ojo. No ha llamado la atención de ninguna bruja, dragón o demonio. No ha acordado con ningún ser sobrenatural la entrega de su hijo primogéni-

to. No posee ninguna reliquia mágica que pueda ser codiciada por otras personas. No se le concedieron dones especiales cuando nació, por lo que nadie va a tratar de secuestrarla ni de utilizarla para fines siniestros. Tampoco ha despertado la envidia de ninguna madrastra malvada. Y, ya que hablamos de la familia... —Pasó una página de su libreta y continuó—: Como ya saben, no tiene siete hermanos. Ni humanos ni hechizados. Así que no se verá obligada a realizar ninguna tarea para levantar el encantamiento. Sus padres viven y gozan de buena salud y, en lo que respecta a su genealogía..., veamos..., no he hallado antepasados sobrenaturales en su linaje. Ni hadas, ni elfos, ni sirenas. Nada que pueda hacer aflorar características indeseadas en el momento más inoportuno.

»En resumen —concluyó, cerrando la libreta con un chasquido—: lo que vengo a certificar aquí es que Marcela es normal. Completa y absolutamente normal. ¿Y qué se supone que significa eso? Pues es muy simple: nada de problemas. Una boda, una vida larga y feliz, hijos sanos. Sin hechizos de por medio, ni maldiciones, ni ningún ser sobrenatural..., salvo el hada madrina, claro está. —Y les mostró de nuevo aquel amago de sonrisa.

Hubo un breve silencio. Entonces el rey dijo:

—Hummm... Visto así...

Pero no sería tan sencillo convencer a la reina.

—¿Insinúas, hada madrina, que debo permitir que mi hijo se case con una *plebeya*?

—Están enamorados —respondió el hada—. Pero, si os cuesta imaginarlo, quizá esto os ayude un poco.

Alzó la mano, en la que se materializó de repente una varita mágica. Hizo una breve floritura con ella y Marcela se vio de pronto envuelta en un manto de luz que obligó a los reyes y a su prometido a cubrirse los ojos. Cuando pudieron volver a mirar, descubrieron con asombro que la muchacha había cambiado su sencillo traje de aldeana por un magnífico vestido dorado, cuajado de refulgentes piedras preciosas. Marcela contempló con cierta incredulidad los zapatos de cristal que aprisionaban sus pies.

—Sí, en efecto; también sé hacer estas cosas —confirmó el hada ante el estupor de la reina, con un cierto tono divertido en su voz—. Como podéis comprobar, a menudo la diferencia entre una princesa y una plebeya no es tan fácil de apreciar.

—¡Por supuesto que lo es! —estalló la reina—. ¿Y qué hay de su porte? ¿Y de sus modales? ¿Y de su acento?

El hada madrina restó importancia a todo ello con un gesto displicente.

—Tendrá tiempo de aprenderlo antes de la boda. Y, en cualquier caso, al pueblo le gustará que conserve cierto... sabor plebeyo, si entendéis lo que quiero decir. La adorarán por ser de origen humilde. Se sentirán más cercanos a la familia real. Apreciarán al príncipe, su futuro rey, como a alguien capaz de escuchar a su gente y de ver más allá de las apariencias. Alguien capaz de casarse por amor.

La reina entornó los ojos y abrió la boca para hacer algún comentario. Pero, justo en aquel momento, el hada dijo, como si se le acabara de ocurrir:

—Aunque, naturalmente, la boda debería celebrarse cuanto antes. Después de todo, hay que pensar en el bebé.

—¡¿Bebé?! —chilló la reina, ofuscada.

—Por supuesto —asintió el hada, haciendo caso omiso de la agitación de los reyes—. No querréis que vuestro hijo tenga un bastardo por ahí perdido, ¿verdad? —Movi6 la cabeza en señal de desaprobación—. Los bastardos solo dan problemas. Puedes intentar hacerlos desaparecer discretamente, pero siempre se las arreglan para salir adelante, nadie sabe cómo. Y luego regresan cuando menos lo esperas, se levantan en armas, organizan una revolución y se quedan con el trono por la fuerza, así que... ¿por qué no hacer las cosas bien desde el principio?

—¡¿Bebé?! —repiti6 la reina.

Tan alterada estaba que no se molestó en observar a la pareja con atención; de haberlo hecho, probablemente habría descubierto que estaban tan perplejos como ella.

Os toca a vosotros ser felices

No hubo mucho más que decir después de aquello. La reina trató de recomponer su dignidad perdida asegurando que organizarían la boda más fastuosa que se hubiese visto jamás. De modo que se puso a correr de un lado a otro gritando órdenes para iniciar los preparativos, mientras el rey y su hijo discutían sobre la fecha apropiada y el hada madrina quedaba en un segundo plano.

Ella sonrió para sus adentros y retrocedió unos pasos. Cuando se aseguró de que nadie le prestaba ya atención, dio media vuelta y salió al balcón.

Desplegó sus alas y se dispuso a marcharse. Había sido un largo día y estaba demasiado cansada para utilizar su magia de nuevo.

Estaba ya en el aire cuando la voz de Marcela la detuvo.

—¿Te marchas, madrina?

Ella se dio la vuelta y la vio allí, apoyada en la balaustrada. Se la veía feliz, pero de un modo poco convincente, como si creyese en el fondo que la capitulación de la reina solo había sido otro bonito truco de magia. Y era obvio que se sentía incómoda con su traje dorado; pero el hada no la había vestido así por casualidad. Cuanto antes se acostumbrase la gente a verla como una princesa, antes comenzarían a tratarla como tal. Y también ella debía habituarse a su nueva vida. Porque ya nada volvería a ser como antes.

—Sí, lo siento —respondió el hada—. Tú ya no me necesitas, y yo tengo cosas que hacer.

—Pero ¿por qué le dijiste que esperábamos un bebé? Sabes que eso no es verdad.

—Entonces ya podéis daros prisa, porque si vuestro primer hijo se retrasa, tu futura suegra podría sospechar.

Y le guiñó un ojo; Marcela sonrió.

—Dime, madrina, ¿volveremos a verte?

—Es posible.

Iba a añadir algo más, pero en aquel momento el príncipe salió también al balcón.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros —empezó, mientras enlazaba con el brazo la cintura de su flamante prometida; ella asintió, con una amplia sonrisa—. Si hay algo que podamos hacer por ti... Oh. —Se interrumpió de pronto, y una arruga de preocupación apareció en su frente—. Te hemos invitado a nuestra boda, ¿verdad? Y al bautizo de nuestro primogénito... ¡y de todos los hijos que tengamos en el futuro! —añadió con cierta precipitación.

—No os preocupéis —los tranquilizó ella—. A las hadas siempre se nos invita, de una manera o de otra. Y os lo agradezco, pero no voy a poder asistir.

—Oh. —Extrañamente, Aldemar pareció decepcionado y aliviado al mismo tiempo—. Es una... ejem... lástima.

—Yo ya he hecho lo que tenía que hacer. Ahora os toca a vosotros ser felices.

—Muchísimas gracias por todo, madrina —dijo Marcela con calor—. Nunca te olvidaré.

De nuevo, ella les mostró aquella breve media sonrisa.

—Pero hay algo que me gustaría saber —prosiguió Marcela—. Después de todo este tiempo... aún no me has dicho tu nombre.

Por primera vez, el hada se mostró confundida. Los dos enamorados lo notaron.

—¿He dicho... he dicho algo malo? —titubeó Marcela.

—Tal vez las hadas no tengan nombre —aventuró el príncipe en voz baja.

—Tengo nombre —atajó ella—. Lo que ocurre es que... —vaciló un instante; pareció que iba a añadir algo más, pero debió de cambiar de idea, porque por fin alzó la cabeza y concluyó—: Camelia. Me llamo Camelia.

—Camelia —repitió Marcela—. Es muy bonito, madrina. Lo recordaré siempre.

Ella no respondió. Los obsequió con otra sonrisa fugaz y, por fin, emprendió el vuelo.

Se elevó hacia las alturas, dejando atrás a los dos enamorados en el balcón, despidiéndola con la mano.

No se volvió para mirarlos. Normalmente, su cabeza estaría ya ocupada pensando en los otros ahijados que tenía repartidos por diversos reinos, y a los que debía atender. Pero había sido realmente un día muy largo, y se permitió reflexionar sobre la última conversación que había mantenido con Marcela y su príncipe.

No la había sorprendido que la invitaran a la boda. Muchos olvidaban hacerlo explícitamente, aunque el protocolo de todas las cortes incluía siempre una invitación abierta a todas las criaturas sobrenaturales, para no correr el riesgo de que alguna se ofendiera: otros sí se acordaban de convidarla, pero solo porque eran conscientes de la importancia de la tradición. Y finalmente había algunos que, cuando decían que querían que su hada madrina asistiese a su boda, al bautizo de su hijo o al resto de su vida en general... lo decían de corazón.

Camelia no dudaba de que Marcela y su prometido pertenecían a ese último grupo. Pero no tenía tiempo de asistir a las celebraciones; tampoco le gustaba demasiado ser el centro de atención, y estaba convencida de que la reina trataría de utilizar su asistencia en beneficio propio. Después de todo, un hada madrina no la tenía cualquiera.

Camelia suspiró. Conocía a otras hadas que estaban encantadas de figurar; Orquídea, sin ir más lejos, era toda una especialista en la materia. Se preguntó si podría enviarla en su lugar, pero descartó la idea. Probablemente la reina no notaría la diferencia. Pero Marcela sí.

Al fin y al cabo, había sido la primera en trescientos años que le había preguntado su nombre.